

Manuel Rojas

Viernes

CON el oído pegado a la tierra,
escucho... No siento latir tu corazón.
Golpeo con el puño sobre la costra áspera
y grito, de bruces en el polvo: ¿Estás ahí, señor?
¿Estás ahí o te fuiste en el agua y en el viento?
¿Pudrióse ya tu cuerpo como fruta madura
y fuese por las raíces tu espíritu y por las hojas tu aliento?
¿Absorbió el barro todo tu enorme río de dulzura?
No me contestas, pero te siento a través de la leprosa
corteza de la tierra... Por ella sube tu respiración;
el calor de tu cuerpo hace crecer las rosas
y tu ternura asciende por ellas como por una garganta la canción.
Estás ahí, lo sé: los pies atravesados,
con los brazos en cruz y las manos abiertas,
con una granada sangrante en el costado
y las pupilas como dos estrellas muertas.
Estás como te amo: humillado, escarnecido,
hombre que vivió entre los hombres y por ellos fué muerto.
Si tú no fueras más que un dios, mi corazón te echaría en olvido
y tu nombre pasaría por mi espíritu como un viento por el desierto.
Descansa en paz, maestro de las venas desangradas.
En esta hora de tu angustia yo danzo sobre tu dolor
como una hoja seca en el vórtice de una ardiente llamarada...
Estoy en medio de tu incendio como un tallo reseco de sol.